

EDITORIAL

Nuevamente Monteverdia se dedica a dialogar con sus lectores sobre una catástrofe tecnológica con serias consecuencias para la Madre Tierra.

El pasado 11 de marzo de 2011, la nación que sufrió por primera vez los devastadores efectos de la radiación ionizante, remanente del genocida bombardeo atómico a Hiroshima y Nagasaki, vuelve a ser expuesta a un peligro similar. A unos 240 km de Tokio y a sólo 60 km de la ciudad de Fukushima, la central termonuclear de igual nombre colapsó al estallar uno de sus reactores, tras ser impactada por la violencia de un terremoto de 8.9 grados en la escala de Richter. La situación empeoró por los cientos de réplicas posteriores del terremoto, un tsunami derivado de este y por un tifón que asoló a poco más de dos meses la costa pacífica japonesa. Se sabe con certeza que tres de los reactores fueron seriamente dañados y se habla de un cuarto reactor; los que durante los últimos tres meses han sido objeto de enormes esfuerzos para su enfriamiento y posterior apagado, pero no ha sido posible y se espera que pasen seis meses más para lograrlo.

La situación en Fukushima 1, provoca actualmente una intensa polémica sobre el futuro energético global, especialmente en Japón. Los criterios son completamente opuestos. Por una parte esta la población nipona, de la que uno de cada tres pobladores vota por el abandono progresivo de la energía nuclear, según la página digital de la agencia Euronews. En una posición parecida, se ubican varias ONG y partidos políticos ambientalistas que ven en los sucesos del 11 de marzo, una alerta al mundo de los riesgos que implica el empleo de la energía nuclear, por lo que para estas organizaciones la opción es la eliminación total de la generación mediante reacciones atómicas. Las justificaciones de tales razonamientos, están en los innumerables ejemplos de víctimas de las radiaciones y de problemas ambientales relacionados con la radioactividad. Three Mile Island y Chernobil, son recuerdos muy próximos. Se dice incluso que el desastre de Fukushima 1 califica en segundo lugar, después de lo ocurrido a raíz de la explosión de un reactor de la central ucraniana de Chernobil en 1986: el desastre nuclear mayor de la historia.

Las mutaciones, efectos cancerígenos y otras lesiones en las gónadas, la piel, los ojos y las mucosas, inducidos por radiaciones ionizantes, las afectaciones al patrimonio genético de especies que habitan el área afectada, la incorporación de isótopos radioactivos al ambiente y su posterior propagación a través de las cadenas alimenticias, fundamentalmente en el mar; son algunos de los riesgos para la población japonesa, considerando que es ciertamente imposible afirmar que se puede controlar el escape radioactivo. Ya el 13 de junio, Prensa Latina informó que se habían detectado altos niveles de estroncio radioactivo en aguas aledañas a la ciudad de Fukushima, y a las poblaciones de Namie e Iitate, a más de 20 km de la central siniestrada. Se

une a esto que quedaron varios miles de personas sin vivienda ni recursos suficientes, a causa de la destrucción provocada por el terremoto y el tsunami, quedando muy vulnerables a la contaminación alimenticia con radioactividad.

Del otro lado se ubican los defensores de la energía nuclear. El 8 de junio, según la agencia EFE, autoridades de regulación nuclear de 33 países se comprometieron a elevar a los niveles más altos, la seguridad en sus centrales termonucleares y numerosos artículos intentan convencer al público, de que este accidente puede evitarse en un futuro y que sus consecuencias no son tan graves.

Cierto es que hoy el promedio del consumo eléctrico mundial supera los 350 Mw por hora. Japón se ubica en la lista de los países más consumidores de energía eléctrica, al emplear un promedio de 38 Mw por hora, con un per cápita de más de 8 kw por hora para cada habitante. Acompañan a la nación nipona en esta lista: Estados Unidos, Francia, Alemania y la Federación Rusa. Algunos países como Francia, Suecia, Bélgica, España, Finlandia, Japón y Suiza; dependen de la generación por centrales nucleares entre un 30% y un 50% y se afirma que las termonucleares generan el 17% como mínimo, del total de la electricidad en el mundo.

Existen no pocas personas y organizaciones, que ven en el uso de las tecnologías renovables no convencionales, como la solar, la eólica, la mareomotriz o la hidráulica; la solución perfecta. Claro, cuando no resulten tan caras, sobre todo para el tercer mundo y los niveles de consumo de electricidad sean comparables a la capacidad de generación de estas tecnologías.

He aquí algunos de los nuevos dilemas y viejos desafíos sin resolver, que Monteverdia les propone para que piensen y ayuden a otros a pensar en la mejor salida, la más práctica, lógica y éticamente posible, que no solo tome en cuenta a los casi 7 000 millones de humanos del planeta sino a todos los seres vivos que forman parte de ese maravilloso entramado de la vida, en nuestro querido tercer planeta.

